

elipsis

Volumen 1 | Antología de cuento

PATRICIO S. ALEJANDRO

ANA BRAMBILA

JULIA BRAVO

ELÍAS DOMÍNGUEZ

CARLA DURÁN

GHADA MARTÍNEZ

elipsis

Volumen 1 Antología de cuento



Copyright © British Council México
Lope de Vega 316
Col. Chapultepec Morales
c.p. 11560
Ciudad de México
México

<https://www.britishcouncil.org.mx/elipsis>

Copyright © Fundación Hay Festival de México
Cerro Mesontepec #75
Col. Colinas del Cimatarío
c.p. 76090
Querétaro
México

www.hayfestival.org

Diseño editorial: donDani

Formación de interiores: Arlen Hernández

Traducción de los textos al inglés: Heather Cleary, Robin Myers,
y Charlotte Whittle

Impreso en México

elipsis

Volumen 1

Escriben

Patricio S. Alejandro

Ana Brambila

Julia Bravo

Elías Domínguez

Carla Durán

Ghada Martínez

Editan

Julieta Hernández

Diana Michel Varela

Giselle González

Fernanda Loutfe Orozco

Paula Buzo

Julio Villanueva

Índice

Patricio S. Alejandro / 11
Cliente frecuente

Ana Brambila / 19
Knaus

Julia Bravo / 31
La caja de Odara

Elías Domínguez / 41
Candelario

Carla Durán / 49
Piensa en mí

Ghada Martínez / 59
Juliana

Elipsis. El poder de la escritura

¡Verdad, Esta! —
Bajo el gobierno de los hombres enteramente grandes,
La pluma es más poderosa que la espada. Observad
¡La varita de los archi-hechiceros! — En sí misma una nada! —
Pero tomar la brujería de la mano del maestro
Para paralizar los Césares, y golpear
¡El ruidoso jadeo de la tierra! — Arrojad la espada —
¡Los Estados pueden ser salvados sin ella!

EDWARD BULWER-LYTTON

En 1839, el autor, poeta y dramaturgo británico Edward Bulwer-Lytton acuñó la frase “la pluma es más poderosa que la espada” en su obra *Richelieu; O la conspiración*. La expresión rápidamente ganó fama y ahora se ha convertido en una de las metáforas más poderosas cuando se desea retratar que el concepto de comunicación es estratégicamente más fuerte que la violencia.

En el mundo complejo que vivimos ahora, la frase es más relevante que nunca. La literatura nos recuerda que la palabra escrita es uno de los caminos más directos y confiables para dialogar, donde es necesario conocerse y entenderse mutuamente para construir puentes y nuevos horizontes.

La escritura tiene un poder inmenso. El poder de contar historias, el poder de entrar en el mundo íntimo de los personajes que nos sirven como espejos para entender nuestras

vidas a través de las suyas. El poder de borrar barreras y fronteras de los seres humanos en el acto mágico de leer una historia. El poder de imaginar nuevos futuros u otros mundos posibles.

Elipsis es el programa de literatura del British Council México, cuyo objetivo es proporcionar nuevas oportunidades para escritores y editores emergentes en este país. El proyecto se inició en Colombia en 2015 y se implementó por primera vez en México en 2018, en colaboración con el Hay Festival en Querétaro, donde un grupo seleccionado de participantes se inscribió a través de una convocatoria abierta. Los autores y editores participaron en sesiones de mentoría profesional con reconocidos escritores en idioma inglés, en sesiones que tuvieron lugar durante varios eventos literarios como parte del Hay Festival México. Además, los participantes del programa recibieron el apoyo de los destacados escritores y editores mexicanos, Gabriela Jauregui y Eduardo Rabasa, para la consolidación de su primer trabajo editorial, mismo que ahora tiene en sus manos.

El British Council trabaja para la creación y el desarrollo de habilidades y redes que ofrezcan nuevas oportunidades, especialmente para los jóvenes y talentos emergentes, capaces de desarrollar nuevas audiencias al tiempo que fomentan una sociedad más abierta, próspera y diversa.

Es un gran honor presentar *Elipsis*, la primera antología de cuentos, que contiene la historia y las historias de 12 jóvenes que están verdaderamente comprometidos con la escritura y su poder.

MARÍA GARCÍA HOLLEY

Prólogo

Es una oportunidad muy rara la de poder presenciar algún proceso tras bambalinas. Los artistas organizan visitas a sus estudios, los cineastas tienen el *making-of*, pero, ¿qué pasa con lxs autorxs de un libro? No es posible pararse detrás de ellos y contemplarlos mientras escriben. Además, presenciar los relatos detrás de los relatos puede ser un asunto riesgoso, pero también lleno de generosidad, pues es un proceso dispuesto a mostrar sus imperfecciones. Por fortuna, como el aclamado novelista y poeta nigeriano Ben Okri ha dicho: “El hecho de contar historias alude a una inquietud humana fundamental, alude a la imperfección humana. Donde existe la perfección, no quedan historias por contar”. Las páginas de este libro nos dicen bastante acerca de la falibilidad humana, de nuestras propias imperfecciones y nuestra búsqueda constante de historias, fungiendo principalmente como recipientes de varias historias más de manera simultánea: historias que se encuentran en el proceso de ser realizadas y de existir.

En primer lugar, este libro nos cuenta la historia tras bambalinas: la de cuatro mujeres y dos hombres, estudiantxs, escritorxs, de frente a su arte, buscando sus voces, mirando fijamente la página en blanco, con los dedos cargados de ilusión y expectativas.

También cuenta la historia de seis jóvenes editores y editoras formándose, con los ojos ávidos y la mirada aguda, que trabajan para encontrar las historias situadas al interior de las historias de sus colegas: la historia de editar y montar un libro.

Por último, este libro comparte esas historias con ustedes, lxs lectorxs: se trata del punto final de un largo proceso. En estas páginas de feliz imperfección se podrán encontrar con una máquina del tiempo barroca que revela el pasado, y no el futuro; un recuento contemporáneo con un giro oscuro del cuento de hadas clásico, “Piel de burro” ambientado en el México rural; una vívida narración de la relación entre un hijo y su finada madre en una casa llena de plantas; un hermano cuya hermana tiene una enfermedad mental, pese a lo cual consigue salir de su propia pesadilla gracias a sus competencias de natación; una pareja y el ladrón muy particular que les roba; y un antiguo mesero de teibol durante el apogeo del machismo que atestigua un exitoso intento de chantaje. Aquí tienen seis diferentes periodos temporales, entornos, voces, usos del lenguaje: seis micro visiones del mundo.

Fui testigo de distintos momentos del proceso de escritura con estxs autorxs, pero también compartí mis pensamientos sobre el proceso de escritura y sobre contar historias desde muy temprano en el proceso. Les di a leer un par de textos experienciales y experimentales sobre la escritura: de Annie Dillard (de su libro *The Writing Life*) y del maravilloso Samuel R. Delany (del libro *The Jewel-Hinged Jaw: Notes on the Language of Science Fiction*). Mi amigo y colega, Eduardo Rabasa, dio seguimiento a la otra parte del proceso, trabajando con los editores.

Ahora es su turno de ser testigos. Pues se trata de una parte crucial de las historias: dejar huella, sí, y también atestiguar las huellas, saber cómo escuchar: en su papel de lectorxs activxs, ahora ustedes también forman parte de estas historias.

GABRIELA JAUREGUI
Ciudad de México, primavera de 2019

Patricio S. Alejandro

Editado por
JULIETA HERNÁNDEZ

Patricio S. Alejandro

Es poeta y narrador. Primer lugar en poesía en el Certamen de Literatura Joven de la UANL (2017), con el libro *Gafas de sol para noches sin estrellas*. Sus textos han sido publicados en la revista literaria *Papeles de la mancupia* y en la revista virtual *El guardatextos*. Actualmente cursa el noveno semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Julieta Hernández

Estudiante de noveno semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas. Hizo falta llegar a la Universidad de Murcia para que, luego de haberse perdido por mucho tiempo en esto denominado “qué hacer con tu vida”, materias como Diseño Periodístico orientaran sus intereses en el diseño editorial y la edición de textos, volver a Guadalajara y confirmar estos gracias a la oportunidad que le regaló la editorial Pollo Blanco de aprender todo lo que pudiera.

Cliente frecuente

No hay horarios. Mientras den el moche y haya clientes, tengo que seguir chambeando hasta después de las dos. Hoy sábado, para variar, ya son las siete de la mañana y apenas despachamos a los últimos borrachos. Aspiro una línea porque sin ella no llego a casa: bendita sea su blancura y esplendor. El Pedro me propone darle doscientas bolas para aventarse la talacha él solo. Se las doy sin pensarlo.

Salen de los últimos privados Rubí, Atenas y Estrella —Martha, Daniela y Blanca, sus nombres reales—. Blanca me hace una propuesta: yo paso. Ya para esta edad, lo único que deseo a estas horas son mi cama y una buena cena (o desayuno, más bien). Le propongo unos tacos, pues a la una de la madrugada, mi hora de comida, es cuando más clientes llegan y hay que agandallar. Me manda al carajo y agarro camino.

Llego al Oxxo por un agua, pues por aquí el calor del verano y el esmog vuelven esto una sucursal del infierno. Antes de pagar, sobre el exhibidor de periódicos, acapara mi atención su rostro impreso sobre la primera plana del ejemplar dominical. Tenía años sin saber de él, ocho, para ser exacto. Y eso que uno siempre anda en el medio, de bar en bar, de teibol en teibol, y se reencuentra con los clientes que se enamoran del ganado.

Siempre llegaba, ordenaba una cerveza y luego me pedía como su mesero. Hay quien llegó a creer que era su funda y que la Negra era nomás una fachada. La Negra, me cae que nunca he visto un culo como ese, un diamante en bruto por

cada pierna, y no hablemos de las tetas, cualquiera se perdía en su redondez. Recuerdo cuando llegó, no era local, venía de Venezuela. Qué belleza la sudamericana. Desde aquel entonces estaba jodida la cosa por aquellos rumbos. Todavía recuerdo cuando entró al tugurio, el don Julián, que en paz descanse, la quería calar en corto: jarrito nuevo.

La primera vez que vi a aquel cabrón no fue con la Negra. Llegó un miércoles tempranito, como a eso de las cuatro de la tarde, mucho antes de que la melcocha empiece. Cual gallo en gallinero tenía a toditas pa' él. Pidió una cubetita y una a una las chamacas fueron intentando seducirlo sin éxito, hasta que llegó la Negra. Hablaron un rato, sabrá dios de qué sandeces, pero pasó un ratote con ella, pagó y se fue.

Pa' las dos de la mañana que salimos, él estaba afuera, la Negra se trepó y se fueron hechos madre. Todo un *donjuan*. Tendría unos veintidós años aquel cabrón. Nunca lo supe con exactitud y me valía madre, pero se veía bien chamaco. A partir de ese día acudió todos los miércoles y sábados de los meses consecuentes —unos diez aproximadamente, hasta que mataron a don Julián—, siempre pidiéndome como su mesero. *Llegó el cliente frecuente, sobres perro*, me decían mis compañeros cuando lo veían llegar. *Cliente frecuente*, así le decíamos porque no sabíamos su nombre, *dime jefe y ya*, me decía cuando se lo preguntaba. Pinche morro.

Varias veces intenté hacer que la Negra me dijera su nombre, pero era reservada y, no solo eso, también era lista. Sobre su antebrazo se leía «Se olvidaron de mí, me dejaron a parte», era un verso de una señora, Rosa Castellás, algo así, y nomás le preguntabas algo sobre el tatuaje y salía que los escritores, intelectuales y que la lectura y que no sé qué. Por esos días la guerra contra el narco estaba en su apogeo, ella nos explicaba a veces las razones de todo el desmadre y por qué todos tenían miedo, diciendo cosas como mediático y otras palabras domingueras que no recuerdo. Años después me enteré de que

era graduada en comunicación de la Universidad Central de Venezuela. Con eso entendí muchas cosas.

En fin, yo la verdad atendía al *cliente frecuente* porque dejaba buena propa, el cincuenta por ciento del total, a veces más; tampoco se terminaba lo que pedía, yo eso lo revendía y pues sacaba más lana: mi cajero automático personal. Los miércoles era un día raro; llegaba, pedía una cheve y le pedía una jarra a la Negra. Y no llegaba al agasajo o algo así, se sentaban y concentrados en su plática se quedaban hablando un par de horas. Frente a frente, como psiquiatra y su paciente.

Por otro lado, los sábados que caía pedía una botella de cualquier cosa, vodka, tequila o ron —lo que fuera, como Pancho Villa—. Llegaba como a las diez y no veía a la Negra más que de lejos. La miraba con todos sus clientes, que siempre, por obvias razones, eran los que más lana traían: empresarios, políticos, narcos; y nunca se iba hasta que se iba la Negra, pero, eso sí, siempre separados.

Solo una vez pronunció más palabras de lo habitual. Fue un 16 de septiembre, en el Bicentenario de la Independencia. Nunca había ido en jueves. *Irá a festejar*, pensé. Le hablé a la Negra, esa vez fue diferente, se sentó en sus piernas, platicaron unos cinco minutos, le sembró un besote y la Negra se retiró. El cliente levantó la mano y me acerqué preguntando en qué le podía ayudar.

Siéntate. No digas nada, cabrón. ¿Qué ves? Me veo bien morro, ¿verdad? Como te dije, no necesitas ni edad, ni nombre. Yo no sé el tuyo y no quiero saberlo. Si sabes lo que te conviene, me vas a escuchar y me harás caso. Llevo viniendo aquí unos diez meses, nunca te has portado mal pedo. Has sido Robin y ni cuenta te has dado. ¿Ves a aquella mamacita que va allá?, es la Negra. Va a renunciar. ¿Sabes por qué? Porque supo hacerla; supo escuchar y obedecer. Agarra un cigarro y una cheve; aquí nadie te va a correr a menos que yo lo pida. Total, si eres listo, vas a renunciar esta misma noche. Porque supongo que quieres seguir vivo. ¿Sabes qué tiene este USB? Tiene millones y

millones en hociconadas de gente importante. ¿Te acuerdas del güey que estuvo el sábado pasado? El gordo con la corbata floja y lentes de botella. Es diputado del tricolor aquí en la ciudad: tres hijos, uno en camino, dos amantes y un bastardo con una puta de Calzada Madero; la esposa no sabe nada. ¿Te acuerdas de la abogada que según los narcos mataron en agosto del año pasado? El pinche frentón que llegó con lentes de sol hace tres semanas: nuestro alcalde. Le iba a sacar sus trapitos al aire. Hay que estar al tiro para lo que pueda pasar. ¿Ves este palito negro? Es un micrófono, lo pones donde sea y graba todo. Sin pedos. Resolución chingona. Cabe en cualquier lugar: llaveros, relojes, paquetes, lencería. Sí, por este micro ya tengo chingos de enemigos. Pero todo lo que se grabó ya está digitalizado, y si yo no amanezco mañana, la info se manda a todos los periódicos locales y nacionales. Si uno va a jugar sucio, hay que hacerlo bien, no andar de ostentoso como todos los pendejos que vienen a estos lugares. Mira a uno, vengo bien casual, tomo tranqui, cero morras. Y aquí contigo te hablo braveado, pero cuando pido cita con esos vatos, me voy trajeado, rasurado y peinado pa' tras, hablando como señor importante que viene a cerrar un negocio. Soy un empresario. A mi manera, pero lo soy. Nomás que mis inversiones son otras. Y para invertir hay que saberle. Cualquiera diría que llegué aquí de pura casualidad, que escogí a la Negra por sabrosa, pero no. En la ciudad hay poco más de cincuenta cabarés, pa' no decirles puteros. De todos esos, unos diez están fresones; de esos diez, en tres tienen a las viejas más buenas; y de esos, solo hay una sabrosa y chingona: la Negra. Que aparte de sabrosa, tiene una memoria bien perra: es inteligente. Yo hubiera querido estudiar como ella, pero allá como aquí el gobierno te jode. Jode y jode y jode y jode y jode y busca la forma constante de joder. Chingar. Agandallar. O como lo quieras llamar. Antes de aquí yo estaba jalando en una empresa. Cinco mil pesotes al mes, mil doscientos cincuenta por semana, nueve horas diarias, de lunes a sábado: una chinga. No me malentiendas, no soy un huevón, me gusta trabajar. Pero con esos pinches salarios y horarios, cómo esperan que viva uno. Millones de pesos que se llevan los dueños mes tras mes. Con que repartieran uno

de esos millones en la raza que jalamos para pagarnos más y darles más seguridad a nuestras familias. Pero no, quieren ahogarse en dinero, que se pudra el prójimo. Y ahí los ves en las iglesias los fines de semana, rezando, pidiendo que se arregle la inseguridad y la pobreza, cuando ellos son los detonantes. Hipócritas. Por eso yo me los chingo aquí. Te lo digo, si uno no ocupa ir a la escuela, primo. Mi jefecito, que en paz descanse, me lo enseñó. Pero él no fue muy listo, año y medio le duró la tranquilidad y se lo tronaron. Por andar de ostentoso. El vato se metió con los malitos, al mes traía troca del año, a los ocho vivíamos en un campestre, ya ves que andan de moda esos pedos. Se sienten superiores porque una bardita los rodea. Si supieran. Así mataron a mi jefecito. Se tronaron al guardia por mamón, después rafagearon la casa, mi apá estaba afuera echando caguama, recibió ocho tiros. Los chingones aprenden de sus errores, pero los más chingones aprenden de los errores ajenos. Así me decía. Siempre hay que estar al tiro, atento, viendo qué sucede. Si no hubiera estado atento, no me hubiera dado cuenta que don Julián es cocainómano. Eso hoy nos salva la vida. Hace tres meses vino el Sonrics. ¿Sí sabes quién es? Ese día no pagó. Se peinó con la Negra. Dijo que don Julián le debía chingos de lana. Hace dos meses vino un compi de don Julián, según director de la secretaría de seguridad de Santa, y que cualquier pedo le iba a tirar paro. Pues antier vino el Billy, mano derecha del Sonrics, que se iban pa' la casa de seguridad que tenía el Sonrics allá en General Treviño, que cuando volvieran iba a pasar por su lana y, si no, a la verga: plomo. Y pues el pendejo de don Julián le habló a su compa de Santa. Dio el pitazo y en corto se armó la trifulca con los del ejército. Los hicieron cagada. Les mataron a unos veinticinco. Ya en Ciudad Mier, el Sonrics y el Billy se pelaron. Nomás le dieron a un soldado. Pero aquellos dos no son pendejos. Saben con quién comparten información, saben con quién hay pedos y con quién no. Mañana mismo, si no es que hoy en la noche, el don Julián y esta pocilga van a estar más balaceados que mi jefe. Nomás pa' que me crea, aquí también vienen muchos supervisores de un call center que está en el centro; adictos a las putas, casados y con hijos. Yo les ofrezco la tranquilidad de que ellas no se enteren y

ellos me regresan favores cuando ocupo. Tengo mensajes y llamadas de todo el desmadre. No sea pendejo. Si la tranquilidad sí se vende, nomás hay que encontrar quien pueda pagarla. Así que órale, cabrón. Vaya. Renuncie. Yo aquí lo espero.

Y así lo hice, fui con don Julián y renuncié. Se enfadó, pero le valió madre. Cuando regresé con el cliente, yo iba asustado. Salimos por la puerta trasera, sacó una fusca y un sobre manila. Me lo entregó y se guardó la fusca. Dijo que era lo que me tocaba, me dio un fuerte apretón de manos y se peló. Había cincuenta mil pesos en ese sobre. Y como correctamente lo dijo, al día siguiente balacearon el lugar, con granadas y todo. Arrasaron. No quedó nadie vivo.

Por los meses siguientes no jalé. Seguía con miedo de que algo pasara. Días después de eso, atraparon al Billy en Juárez. Varios meses después, el día del amor y la amistad, agarraron al Sonrics en Guadalupe. Pensé que ahí se iba a acabar todo el rollo, pero no. Meses después, un comando armado asesinó al director de la secretaría de seguridad en Santa. Ahí sí acabó todo. Ya para entonces ya estaba en otro jale.

Un año después, tal vez más, reconocí esos diamantes envueltos por un pantalón: era la Negra. Ya no era la Negra. Ya no era puta. Ya no era venezolana. Conducía un programa de farándula en televisión nacional y estaba casada con un empresario. Me sentí bien por ella. Nunca tuve los huevos para hacer lo que hacía el *cliente frecuente*, tengo a mi niño y a mi niña, nunca los arriesgaría, pero siendo fiel a sus palabras, me salvé de al menos tres balaceras.

Y aquí ando, en los que para mí son los mejores tacos de barbacha de la ciudad. Y ahí anda mi *cliente frecuente*, en todas las primeras planas de los periódicos, apoyado por los millonarios de la ciudad y hasta por el cardenal Robelio Cordera López, el nuevo candidato a gobernador.

Ana Brambila

Editada por
DIANA MICHEL VARELA

Ana Brambila

Escritora y guionista. Egresada de la UACM en Creación Literaria y del Diplomado en Creación Literaria de la Sogem. Su formación multidisciplinaria incluye estudios en teatro y danza folclórica. Para ella, la escritura es un desahogo de mundos irreales y su obra se enfoca en géneros como la ciencia ficción, el terror y la literatura fantástica. Amante de la música y las películas, espera continuar sus estudios con especialización en cine, para llevar a la pantalla grande alguna de sus historias.

Diana Michel Varela

Licenciada en Literatura Hispanomexicana, estudia su último semestre en la Maestría de Estudios Literarios en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, enfocada en la línea de investigación de literatura mexicana contemporánea y regional, específicamente de la literatura regiomontana contemporánea. Asiste al Diplomado de Literatura Mexicana del Siglo XX a cargo del INBA, así como al Taller de Espectadores, en Ciudad Juárez, realizado por el Centro de Investigación y Documentación Dramática Norteamericana.

Knaus*

Alguna vez... un hombre creyó haber construido una máquina con la capacidad de dibujar el futuro. «Knaus», como la había nombrado, era inicialmente una estructura de 10,000 piezas colocadas dentro de la caja de una pianola. Una serie de engranajes generaban la fuerza necesaria para que las partes añadidas se movieran por sí solas, aprehendiendo el tiempo al igual que un reloj.

Para hacer funcionar a su creación, el hombre insertaba una llave que desbloqueaba el mecanismo, movía las agujas de los calibradores conectados a la tapa y accionaba una manivela a la izquierda de la pianola. La llave tenía en la cabeza un círculo de hierro forjado con un reloj de arena en el centro; cuando las ruedas dentadas comenzaban a girar, la acumulación de energía activaba el reloj y la arena comenzaba a caer, a transcurrir, al igual que los segundos. Solo hasta que la sensación de tiempo en el usuario dejaba de significar la espera, la máquina hacía su trabajo:

Constelaciones de ingeniería danzaban armoniosamente y emitían el sonido de una orquesta de percusión. El ritmo llegaba a un brazo mecánico de tres partes y el único dedo, una pluma fuente, cobraba

* Friedrich von Knaus(s) (1724-1789). Relojero, mecánico e inventor alemán que construyó diferentes relojes con mecanismos que podían, de manera sencilla, tocar instrumentos musicales, escribir frases cortas o realizar otras tareas individuales y especializadas. Diversas fuentes apuntan que Knauss fue el primer inventor en crear un autómata de escritura completamente funcional.

vida; se sumergía en un pequeño tintero que avanzaba con lentitud hacia el centro de la pianola, se deslizaba sobre un enorme rodillo con papel perforado y leía las notas de una melodía que luego reproducía.

Tal vez fue su forma de superar el dolor, de borrar cualquier rastro de esa música que le provocaba arañazos dentro del pecho, de ese recuerdo que le llamaba a quemar las entrañas cada noche con botellas de alcohol avinagrado. El único de sus inventos que, a pesar de ser un fracaso, le ayudaba a pasar los días.

Todavía recordaba aquella noche en la que al entrar tambaleándose torpemente en el sótano de aquella anciana rica había chocado, entre risas, directamente contra la pianola, buscando dónde dormir. Después, medio consciente, se percató del lugar donde se hallaba, pues la presencia del artificio musical le causó una molestia inaguantable: una mezcla de tristeza y los efectos del alcohol.

Estaba seguro de que en cualquier instante la imagen de la propietaria de la pianola aparecería como una evocación de sus recuerdos: ella, como cada noche hasta su muerte, posada sobre el banquillo iluminado por la luz de las farolas. Aún no podía superar su pérdida, pues la memoria del cuerpo de su amada en ese espacio, donde solo estaba el vacío, era insoportable. El hombre había querido deshacerse del objeto musical desde tiempo atrás, pero lo mantenía cerca porque, como toda la basura que lo rodeaba, le traía recuerdos de una gloria perdida: el éxito de aquellos pajaritos mecánicos que él solía diseñar y a los que daba cuerda.

Esa noche ya no estaba tan seguro de que lo quería conservar. Había arremetido a puñetazos contra el dispositivo musical, como si quisiera embestirlo, pues alguien tenía que compartir su dolor por la pérdida de todo lo que amaba en el mundo. Si de alguna forma podía escuchar los gritos

desafinados de la pianola, solo tal vez ese sonido lo salvaría de todas las melodías en su cabeza, ésas que no hacían más que envenenar su presente.

Al amanecer, con los nudillos hinchados y una resaca asquerosa, el hombre descubrió que la ira no había desaparecido y que la pianola continuaba en el mismo sitio. Si los recuerdos de la mujer que alguna vez amó no estaban ahí, aquello implicaba que volverían la noche siguiente hasta encontrarlo colgado de una cuerda.

¿Qué pasaría si él condenaba todo al silencio antes de ese fin inevitable? Con la risa de alguien que había perdido la cordura, el hombre rebuscó entre sus cajas de herramientas y dio con las pinzas correctas. Abrió la caja de resonancia y cortó las cuerdas con la malicia de un asesino en serie, así había comenzado su nuevo proyecto: con la tortura a una vieja pianola. La pluma del nuevo mecanismo ahora se movía por un papel distinto que trazaba una fina línea seguida de otra más compleja; luego, realizó un borrón y la pluma salió volando tras aflojarse sus tornillos.

El primer objetivo consistía en que Knaus pudiera crear algo por sí misma; sin embargo, sus primeros esbozos se conformaron de líneas incomprensibles, por lo que el hombre tuvo que recalibrar varias veces la máquina, a través de la adición de más engranes, para enseñarle cómo dibujar. Cada elemento tenía una razón de ser: las ruedas dentadas se encargaban de dibujar las líneas rectas; otras hacían lo propio con las curvas; algunas piezas trazaban las formas básicas y varias más trabajaban en los sombreados.

Fue necesario otorgarle a cada grupo una dirección específica: las piezas más grandes se movían siguiendo la ilusión de la trayectoria de la estrella polar; otras heredaron su tamaño de patrones a escala acorde al movimiento de los astros; unas, mucho más pequeñas, se crearon únicamente para generar musicalidad, pues clacleaban al compás de una

idea mágica de tiempo, tan distinta como incomprensible. Incluso, algunas piecillas tintineaban como campanillas de cristal, encargadas de transmitir impulso a la siguiente estructura.

Algo dentro del hombre también había cambiado. El letargo en el que se había consumido antes ahora era una energía febril que brillaba en sus ojos, mantenía activos sus músculos y golpeaba con fuerza desde el fondo de su estómago hasta despertarlo a mitad de la noche. ¿Qué importaba dormir un par de horas si podía mantenerse en pie varias noches seguidas?

Después de algunas semanas notó su progreso: Knaus hacía su primer dibujo de más de cuatro elementos. Estaba cerca, podía sentirlo... ¿Un golpe en la puerta?

—Joven Sebastián, le dejo la comida afuera de la puerta. La señora está preocupada por usted.

—Esa línea de ahí es maravillosa. ¡Bravo, bravo! ¿Qué sigue?

Al hombre le daba igual si se llevaba comida a la boca o al pan le salía moho mientras aguardaba en alguna parte de su habitación.

—Joven Sebastián, dice la señora que si no va a salir para recibir a los invitados.

Hablaba solo, esperaba... El hecho de haber agregado 25,000 piezas en sitios insólitos, innecesarios, permitió un gran avance en la máquina para que los dibujos parecieran cada vez más comprensibles. Knaus había desarrollado un talento sorprendente: creó una especie de caja impulsada por fuego que llegaba a la luna, similar al dibujo de un niño pequeño.

—Joven Sebastián, dice la señora que si puede arreglar la cerradura de la puerta, como dijo la semana pasada.

Gracias a los dibujos de Knaus, el hombre podía ver imágenes en miniatura, similares a las de las cámaras fotográficas que, tras un parpadeo, capturaban lo que se tenía enfrente.

—Joven Sebastián...

Siempre había una imagen distinta, aunque se formulara la misma pregunta en diferentes formas.

En sueños, su invención le hablaba: su voz era parecida a la de aquella mujer que deseaba olvidar, mas no reparó en ello. Fantasía o no, solo deseaba encontrar el empuje para seguir adelante.

¿Crees que moriré algún día? Lo harás, pero estás destinado a cumplir grandes cosas antes de que eso suceda.

Al levantarse el hombre, religiosamente, volvía al mecanismo, abría las tapas de la pianola, tomaba sus llaves de ajuste y comenzaba el proceso de revisión otra vez.

—Por favor... Tiene que tomar un baño.

¿Me dará cuenta de la grandeza de mi destino antes de que sea tarde? Sí, ahora mismo sabes que mis respuestas constituyen una muestra clara de tu gran ingenio.

Armaba, desarmaba, cambiaba piezas...

—Joven Sebastián, por favor, abra la puerta.

Eran las respuestas que siempre había buscado; el destino magnífico que le esperaba a pesar de las vicisitudes que habían sido sus compañeras por tanto tiempo, el acierto único en esa cumbre de errores.

Poco importaba si después de girar la manivela era capaz o no de controlar a Knaus. Su diseño había empezado a ser incomprensible incluso para él, mas no le preocupaba, pues todavía, a ratos, al pisar cariñosamente los pedales el mecanismo cantaba para sí con una música que él se había encargado de arrancar.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué tanto ruido?

—No lo sé, señora, no ha querido salir de ahí.

En ocasiones, al hombre le fallaban los dedos por el cansancio y, no obstante, lo que Knaus murmuraba le ayudaba a pelear contra su torpeza:

Concéntrate. Esa tuerca en el sistema G9 puede arruinarlo todo.

En ocasiones, cuando abría los ojos en medio de la noche, casi podía ver a la máquina apagándose por sí misma.

¿Qué pasará después, Knaus? ¿Qué pasará conmigo?

Cada vez más, la máquina comenzaba a dibujar a una velocidad superior a la humana. Aquella pluma bebía tragos largos de su tintero y, luego, se frotaba contra la gran tira de papel creada especialmente para ella.

Justo cuando el hombre estaba a punto de saber la respuesta, despertaba. ¿O en realidad caía dormido? Lo que sucedía a su alrededor parecía cada vez más difuso; un mundo diferente al que él había construido detrás de la puerta corroída de su habitación.

¿Así es el futuro, Knaus? A veces no había respuesta.

En cambio, la máquina dibujaba más y más: montones de paisajes con fauna exótica; animales que caminaban con cuernos en las patas; otros que tenían los ojos en los brazos y que, cuando querían ver, los extendían como si estuvieran dispuestos a volar.

¿Podré ver eso alguna vez?

Cada ilustración de la máquina era aún más sorprendente e inimaginable que la anterior. El hombre estaba seguro de que apenas encontrara un orden para explicarlas, ése sería el verdadero indicio de que Knaus no sólo hacía cosas sorprendentes, sino de que aquello tenía un significado trascendental.

Si trabajaba lo suficientemente duro quizá algún día, algún día, podría traducir la inteligencia humana en un montón de engranes. En aquel instante solo podía contar con sus fantasías.

—Joven Sebastián...

El tiempo de espera para la anulación del tiempo cada vez era menor, igual a la impaciencia con la que el hombre cargaba de nuevo los rodillos de papel, o el compartimiento que tenía que llenar con la tinta de su casera, o el insertar la llave, girar la manivela...

—¡Vamos, hazlo ya!

¿Un triángulo? ¿El amanecer en la orilla de un río?

Clac, clac, clac.

Necesitaba saber, encontrar la respuesta a una única pregunta. Clac, clac, clac.

Los trazos de la máquina eran arrancados del rodillo apenas se pronunciaban. El inventor miraba fijamente la imagen. Los pedazos de respuesta eran de diferente tamaño: unos demasiado pequeños y otros ocupaban casi un metro de largo en sus dibujos. El hombre trataba de colocarlos en una secuencia correcta a través de filas interminables.

Knaus, ¿puedes oírme?

El arte que provenía de la máquina no solo era hermoso, sino revelador. El hombre encontraba adictivo el poder volver sobre las respuestas y encontrarle lugar a la nueva página. En poco tiempo las imágenes llenaron toda la superficie de las paredes, mas aún no encontraba una respuesta clara, sabía que estaba olvidando algo importante, pero ¿qué era?

Tardó mucho en reconocerlo, pero un día lo supo.

—Sebastián, soy el doctor Jiménez, ¿puedo pasar?

El papel aún tenía la tinta fresca y algo emborronada, pero la imagen era nítida: una niña sentada debajo de un árbol de moras y, al igual que la manzana que le había dado a Newton el alimento para comprender la gravedad, las moras resbalaban en una lluvia purpúrea hacia la pequeña que las esperaba con una sonrisa en los labios.

Reconocer esa imagen hizo que durante un segundo el hombre sintiera como si su alma saliera de su cuerpo; la debilidad fue tan grande que sus piernas flaquearon, cayó de rodillas envuelto en una larga tira de papel que la máquina seguía expulsando de su rodillo. Él solo había tomado un pedazo, pero Knaus parecía tener algo más que decir y dibujar. ¿Le estaba hablando de nuevo? No, nunca lo haría, solo consumía el rollo nuevo que el hombre había construido con mucho trabajo.

¿La máquina tendría idea de todo lo que había sufrido para fabricar ese papel? ¿Podría imaginarse lo mucho que le costaba esperar a que los gránulos de los libros considerados basura, una vez triturados, volvieran a secarse para construir el ancho perfecto de su rodillo? Knaus solo era una estúpida máquina, un mecanismo que nunca le había dado respuestas sobre el futuro. El hombre ahora lo sabía: las imágenes nunca fueron sobre lo que sucedería mañana o dentro de dos mil años. Todo lo que había escrito y dibujado remitían a cosas del pasado, a un pretérito específico, su infancia, así como a imágenes de un lugar que conocía perfectamente, su imaginación.

La secuencia de la niña con el árbol y la lluvia de moras le había dado la respuesta: el dibujo de Knaus mostraba a su hermana en la vieja cabaña de los tíos donde ambos habían ido a parar después de la muerte de sus padres; la pequeña solía recargarse contra el árbol y golpearlo con la espalda para que las moras maduras cayeran en su boca.

Después de la muerte de su hermana, el hombre había soñado una infinidad de veces la misma imagen: un lugar donde ella estaba viva y él inventaba un atomizador cuyo trabajo era hacer que las moras cayeran en la boca de cualquiera sin tener que golpearse la espalda.

¿Por qué no había notado que lo que la máquina reproducía eran solo fragmentos de su memoria? Knaus comenzó a moverse en forma frenética, mientras que sus válvulas chirriaban y el humo cubría todo a su alrededor. Era como si el sótano del hombre se llenara de niebla. En el piso de arriba la criada había percibido el olor a quemado y golpeaba con fuerza la puerta con intenciones de saber lo que sucedía, sin embargo, sus gritos eran ahogados por la máquina que comenzaba a temblar incontrolablemente.

En aquel instante todavía podría hacer algo; encontrar el problema que pronto incendiaría la madera de la pianola; sacar la llave de improvisado para que los frenos de la máquina

se activaran. No obstante, no podía moverse. Se encontraba observando la máquina con ojos vacíos y el dibujo de la lluvia de moras hecho jirón entre sus manos.

Tal vez se había quedado dormido y eso solo era un fracaso imaginario, quizá solo había sido el reflejo de un sueño... ¿No lo era también la vida?

Lo único que deseaba era morir ahogado en el papel o por el humo de aquella máquina inservible que estaba a punto de explotar como el resto de sus inventos, como esa explosión que había matado a su prometida.

El rodillo seguía avanzando: el brazo mecánico que sostenía la pluma se movía a tal velocidad que era difícil distinguirlo; un montón de ideas y sucesos ocurrían frente a sus ojos, tan rápido que habían terminado por desvanecerse. La máquina había tenido que recordárselos.

Ya no tenía que fijarse en lo que estaba plasmado en el papel, pues podía reconocer a la perfección aquellos bocetos de alas: el análisis de los dibujos de Miguel Ángel al buscar la fórmula matemática perfecta del ser humano para crear el invento que le permitiera volar. Recordaba también los fragmentos del cuento de Ícaro que su tía le contaba para que pudiera dormir, pese al dolor producido por su brazo roto, después del fracaso de su prototipo de alas contra el árbol de manzanas que casi lo mata.

Debió estudiar con anterioridad el producto de su invención, pues, al igual que Newton lo entendió al reconocer la gravedad, el dibujo de las personas con alas planeando por el cielo, la lluvia de moras y las máquinas que con solo girar una manivela contaban historias, aludían a un tiempo, el de su pasado.

Sebastián no detuvo la tinta, dejó que el papel terminara de envolverlo y esperó esa última respuesta; aquella que venía después del análisis de un mundo utópico. Una sola sentencia, el último verso del gran poema que había sido su fracaso tras desconocimiento real del funcionamiento de su invento.

Cuando ésta terminó de dibujarse, también supo que su corazón se detendría como prueba inminente de que la máquina había dicho la verdad y que él moriría después de descubrir su ignorancia.

Tu pasado siempre fue el presente que construía tu futuro

¿De dónde había salido esa voz? ¿De la máquina o las fantasías del hombre?

Knaus, ¿estás ahí? ¿puedes oírme?

La máquina se detuvo y luego escupió un par de tuercas que salieron volando. No había explotado, pero las piezas que salieron rompieron parte de la estructura de la pianola. Ya no había remedio.

Cuando la sirvienta logró cruzar la puerta, Knaus hacía sus últimos trazos: había sido programada para dibujar el futuro, pero al comenzar con el pasado llegó al presente, al bosquejo de un hombre tirado entre un montón de rollos de papel. El individuo no tenía rostro, pero la máquina tenía que contar su historia en un último trazo; el relato de un hombre que creyó alguna vez haber construido una máquina con la capacidad de dibujar el futuro. Debía hacerlo antes de morir con su creador.

El hombre en el dibujo estaba completamente cubierto de papel, ya no se movía, al igual que la pluma de Knaus, que se desplazaba cada vez más lento. Se escuchó el tintineo de las piezas más pequeñas como una canción de despedida, mientras que los engranes de sonido grave se agitaron con mucho esfuerzo una última vez. Después..., el reloj de arena se rompió.

Julia Bravo

Editada por
GISELLE GONZÁLEZ

Julia Bravo

Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas. Actualmente trabaja en un proyecto educativo que tiene por ejes la identidad y el territorio en una comunidad totonakú de la Sierra Norte de Puebla. Decidió estudiar literatura porque las tres personas que más marcaron su adolescencia cursaron la carrera. Conforme pasó el tiempo, descubrió el poder sanador de la escritura, las posibilidades de la lectura como un acto colectivo y la importancia de los feminismos.

Giselle González

Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas. Es colaboradora permanente de la revista digital *Primera Página*, donde escribe la columna "La ciudad de las damas". Está interesada en las narrativas populares, la literatura mexicana del siglo XIX, la literatura femenina, la inmersión de nuevas tecnologías en el quehacer editorial y el trabajo comunitario. Encuentra en la edición una forma de crear puentes entre autores y lectores.

La caja de Odara

—Solo se robaron la Mac de mi hermana, las joyas de mi mamá y algunos utensilios de la cocina. ¡Ah! Y la caja donde guardaba mis anillos, junto a boletos del cine y tickets sin importancia. Eligieron de manera pésima su objetivo; tal vez pensaron que, por el tamaño de la casa, teníamos más objetos de valor. Pero se equivocaron. Casi todos mis anillos eran de fantasía.

—Pero, ¿tú y tu familia están bien?

—Sí, gracias por preguntar.

«¿Gracias por preguntar? ¿Qué clase de respuesta es esa?» Odara se cuestionó mientras batía la mezcla del pastel. Parecía la conversación de dos personas que casi no se conocen e intercambian frases por mera cortesía de manera indiferente.

—Lucía está enojada, pero tenía todo respaldado en un disco duro. No nos quitaron mucho. Solo la tranquilidad.

Hacía varios meses que no se encontraban solas. Odara pensó que, al proponer que se reunieran en su casa para hacer el postre de la reunión, Ella no accedería, pero aceptó inclinando el rostro hacia abajo y cerrando los ojos con una parsimonia atípica en ella, componiendo un gesto parecido a cuando un hombre se despide de otro y el que se queda dice «ándale pues, ve con Dios». Incluso aceptó saltarse la última clase para ganar tiempo, aunque bien podía ser por temor a que cayera la noche en un hogar que había dejado de sentirse seguro.

Odara miró de reojo a Ella, quien sostenía con la mano izquierda el refractario del pastel y sobre él deslizaba la mantequilla con los dedos índice y corazón de la mano derecha. Mientras agregaba y dispersaba la harina por todo el recipiente, Ella comentó:

—Pensé que el premio a la peor repostera te lo habías llevado con tu técnica para tamizar, pero esto —tomó con ambas manos el refractario y le mostró a Odara la distribución irregular de la harina en el refractario —exige un robo de puntos.

—Está horrible. Te quedó feísimo.

—¿Feo como pegarle a Cristo?

—Feo como el pecado.

—¿Feo como los hombres que usan mocasines?

—Feo como pegarse en el dedo chiquito.

—Feo como la gente que participa en clase y dice «yo más que una pregunta tengo un comentario».

—Feo como un mundo paralelo en donde *Pedro Páramo* sí terminó titulándose *Murmullos*.

—...

—¿Qué? ¿Fue demasiado?

Ambas se rieron. Odara sabía que, en esos instantes, sostenerle la mirada a Ella implicaba un alto precio a pagar: valía la pena observar su nariz arrugada y sus dientes grandes, acompañados del sonido de su risa melodiosa y estridente pero, después de unos segundos, sin excepción, Odara sentía una punzada en el estómago, un dolor afianzado que reaparecía como recordatorio de la realidad, que aniquilaba cualquier intento por buscar un espacio de tregua para imaginar lo que pudo haber sido y lo que incluso en esos momentos podía rescatarse. Así sin más, Odara se bajaba del ring y decidía voltear para otro lado. En esta ocasión clavó la mirada en el suelo, y mientras cesaba la risa, unas luces cintilantes interfirieron en su campo de visión. Eran los mismos

calcetines que Ella traía el día de la fiesta de Joss: negros con brillantes plateados. Sin pensar de más en las consecuencias, Odara inquirió:

—Ya te duraron mucho esos calcetines, ¿no?

—Es que solo los uso para ocasiones especiales —dijo sin titubear. Tajante, con frialdad. Así era ella.

Desde el día que la conoció, supo que su ritmo vital estaría fuertemente influenciado por su relación con Ella, aunque realmente tardaron meses en hacerse amigas. Cuando la vio por primera vez, Odara entendió por qué desde el final del ciclo escolar anterior se rumoraba sobre su llegada a la ciudad: era realmente hermosa. Lo cierto es que jamás fue solo eso pero, si no usaba esa maniobra de protección, corría el riesgo de revelar más cosas de las que ella misma tenía permitido admitirse.

Al despertar abruptamente, respiró como si alguien lo hubiera golpeado en la boca del estómago y, entre las sombras de la noche, pudo reconocer la cara de pánico de su padre. Sin comprender lo que sucedía, tomó su mano y dejó conducirse hacia la sala. En el sillón verde oscuro yacía su madre, maniatada y con un lazo que le tapaba la boca. Respiración pesada, golpe con el cargador. Sangre en la sien de papá. Los tres arrinconados. Piernas dobladas. Agarren todo lo que puedan. En chinga, cabrones. Pero tampoco hagas tanto ruido, pinche atrabancado.

Cuatro figuras, con los rostros desfigurados por una media negra que aplastaba su cara. Gestos grotescos y diabólicos. No tardaron demasiado en vaciar la casa, sin embargo, el terror hizo que el tiempo se expandiera como plastilina caliente. El niño pensó que tal vez esa espera se parecía a una tortura, que a las personas sometidas a juicios por la Santa Inquisición se les duplicaba o triplicaba el tiempo antes de morir. Hace dos días lo habían llevado de excursión al museo.

El último cuarto fue el suyo y en un momento dado, uno de los hombres se le acercó:

—Ven conmigo.

Los gritos de su madre eran sofocados por el lazo que le tapaba la boca, mientras su padre agarraba la pierna de su esposa en señal de resignación y calma. Paradójicamente, el niño pudo suspirar con alivio. Por lo menos la situación mutaba. Para bien o para mal, mutaba. Nunca había sido muy paciente.

El niño entró a su cuarto. Intentó imprimir fotografías mentales porque sabía que era la última vez que lo vería así.

—Elige un juguete y un libro. Hazlo con cuidado. Piénsalo bien.

El niño pensó que el tono del ladrón se parecía al de sus padres cuando lo llevaban a escoger su regalo antes de Navidad. Como siempre, fue impaciente mas no indeciso, tomó inmediatamente un peluche de conejo empijamado y una enciclopedia de dinosaurios.

La historia se repite. Y ahora el niño es un ladrón.

Pero por obvias razones, él no vacía casas. El niño que ahora es adulto cree incluso que ese hecho irreversible causó la muerte prematura de sus padres. Años de esfuerzos y ahorros sucedieron a una pobreza insuperable. Uno jamás quiere convertirse en ladrón pero, «¿realmente había otra posibilidad para sobrevivir?» se pregunta con frecuencia.

El niño que ahora es adulto solo roba objetos de valor: televisiones, computadoras, joyas, dinero. Antes de nombrarse ladrón se considera un espía, un atisbador: por semanas observa los hábitos de los integrantes de la casa objetivo, sus horarios de salida y llegada, los tipos de cerraduras, si hay un perro, si tienen una relación cercana con los vecinos que haría que «se preocuparan si vieran una anomalía en la rutina de los Pérez» o que pensarán «hay un ruido extraño proveniente de la casa de Andrea». El robo siempre lo hace acompañado.

Sin embargo, hay algo que sí hace solo.

Jamás olvidó al ladrón grotesco de la media. A lo largo de su vida se preguntó si ese hombre hacía lo mismo con todos los niños, o si él, entre todos, le había suscitado una sensación de piedad particular. Entonces, siente la responsabilidad de devolver los objetos «traspapelados», es decir, los objetos que no tienen un valor monetario, pero sí un valor emocional o simbólico para las personas. Intenta hacerlo cuanto antes, porque normalmente la gente se muda de domicilio, instala inmediatamente cámaras de seguridad o llena los bordes de la fachada con fierros o pedazos de botellas filosas. Nada que sea muy complicado, nada que ponga en riesgo su vida.

Espera a la sombra de un olmo en la contra esquina de la casa. Sabe que no hay nadie. Sostiene la caja con anillos y una palanca delgada de punta curva. Al desplazarse fuera del árbol percibe el dolor que los rayos del sol causan en sus párpados. El contraste con la luz dificulta ubicar la enredadera que escala hacia el balcón de uno de los cuartos. Al forzar el seguro de la puerta corrediza, se introduce a un cuarto sencillo, el mismo de donde tomó la caja con pocas decoraciones. El niño que ahora es adulto se pregunta en qué lugar puede dejar la caja de zapatos sin que sea obvio su regreso y donde, eventualmente, la chica pueda encontrarla como quien pensó que había perdido para siempre un objeto y simplemente había olvidado dónde lo había guardado. Por última vez revisa si se encuentran todos los objetos de la caja. Anillos, boletos, tickets. Un escapulario viejo y un relicario con el retrato de dos adolescentes. Los ahorros son para él. Las fotos para ella. El relicario para él. Al tocar el fondo se encuentra con un par de hojas arrancadas de un cuaderno dobladas en dos. No puede evitar leer.

Ella:

Duermes ahora. Y yo, siempre que duermo contigo, no concilio el sueño. No importa que seamos cinco o seis en pijamada, por azar, por un esfuerzo deliberado mío, o porque tal vez también hay una intención tuya de que así sea, siempre me toca acostarme al lado tuyo. Tomo conciencia de mi respiración y me atemoriza encontrarla dificultosa, como si mi cuerpo me delatara. Pocas veces me he atrevido a mirarte, pero siempre me vence el miedo a que no estés dormida y sientas mi presencia incómoda.

Pero no dejo de pensar que la noche nos llama a cosas mejores.

Pienso en la noche después de la lluvia. ¿Tú piensas en eso aunque sea solo una vez al mes?

Cuando acabó la fiesta de Joss, me ofreciste quedarme en tu casa para que no me saliera tan caro el taxi. Me dijiste que antes fuéramos a caminar. Ya era muy tarde cuando salimos, el mundo estaba sosegado. Era la hora de las brujas, tu favorita. Caminamos y en la calle no había nadie más. Toda la noche había llovido, el agua parecía haber limpiado las calles para borrar por un lapso de tiempo el tránsito de momentos amargos que vuelven pesado un espacio.

La luna iluminaba los autos estacionados y las fachadas de las casas. Tú caminabas mientras pasabas tus dedos por los barrotes mojados de las ventanas y volteabas a verme de vez en cuando. En un momento pensé que, si todo esto se había desprendido de lo que éramos, entonces todo estaba permitido. Cruzamos una frontera que estaba más allá de la realidad. ¿También lo sentiste?

Nada parecía fuera de lugar. Nos paramos en cada majestuoso árbol que con sus raíces alzaba el concreto de la banqueta. Poniendo ambas manos sobre ellos, meditábamos. Puede ser que estuviéramos borrachas nada más, pero cuando estábamos cerca de los floripondios en la plaza de Santa Catarina te detuviste en seco y dijiste: «la noche nos llama a cosas mejores».

Un silencio largo.

No supe cómo reaccionar, ni siquiera pude sostenerte la mirada. Lo sé, fue decepcionante de mi parte. No hablamos hasta llegar a tu casa, nos descalzamos sin hablar. Había un aire de humillación mutuo. Y jamás hablamos de lo que pasó.

Ella, no me dueles. No siento nostalgia por ti ni siento aflicción pero, cada que nos volvemos a encontrar, me frustra pensar en cómo he

podido vivir tanto tiempo sin compartir más. Como si me autoindujera un olvido de ti que soporta el día a día, pero deja de funcionar cuando estamos solas. Y entonces soy presa de un pavor que me dice que todo lo que he estado viviendo es una versión hechiza de lo que debería de ser mi vida, una segunda vida que no es lo mejor, pero es aceptable. Yo no quiero que mi vida sea solo aceptable, Ella.

Cuando pienso en nosotras, las imágenes en mi cabeza son color sepia. Jamás me había ocurrido con nadie más. Podríamos ser muy felices. Hemos vivido tanto tiempo entre silencios e intuiciones, que vale la pena apostar solo una vez. Tal vez todo esto es un intento vano de describir algo que no se puede describir, pero quiero hacerlo porque, si un coche me atropellara mañana, sería una lástima que todo esto se quedara en mí. Y mis pensamientos de alguna manera te pertenecen.

Un sonido sordo. Alguien entra a la casa. Es tiempo de huir, no hay tiempo. La caja entreabierta se ha quedado en la esquina del escritorio del cuarto.

—No puedo creerlo, logramos lo imposible: quemar la parte de abajo y que siga cruda la parte de arriba. — Ella sonreía a pesar de su frustración.

—¿Es en serio?

—También podemos desistir e ir a cualquier panadería.

—Pero, ¿tienes dinero que me prestes? Yo solo tengo como ochenta pe...

Un sonido metálico.

—¿Hay alguien más en tu casa? —Ella preguntó murmurando.

—...No.

—Vale, no pasa nada.

—...

—¿Quieres que vaya a checar?

—No mames, Ella, no te voy a dejar ir sola.

—Dame un cuchillo, vamos juntas sin hacer ruido. Tú ten el teléfono en la mano con el 911 marcado.

—¿Ese es tu plan? ¿Y si trae pistola?

—No es nadie, seguro es una rata. Nadie tiene la mala suerte de que se metan dos veces a su casa en tan poco tiempo.

—¿Y si volvieron por algo?

—Tú misma dijiste que no hay nada de valor, ¿no? Vamos, no pasa nada.

Comenzaron a subir las escaleras. Con la mano libre, Ella tomó a Odara de la mano. Odara pensó que jamás había hecho eso. En general no eran personas muy afectivas y a veces, tomar la mano implica un gesto más íntimo que besar una mejilla. Lamentó que fuera en ese contexto que sucediera.

—¿De dónde venía el sonido?

—Creo que de mi cuarto.

—Vale, espérame aquí.

—¿Y luego qué?

—Y luego nada, no hay nadie. Seguro se cayó algo o crujió la madera.

Ella giró con cautela la chapa de la puerta y cuando estuvo abierta a la mitad, se introdujo en la habitación. Observó la caja de anillos tirada. Se tranquilizó. Inmediatamente sintió cómo sus músculos se destensaban y la mano engarrotada que sostenía el cuchillo se abría por inercia, como una flor. Un poco confundida, vio un pedazo de hierro tirado, la puerta corrediza que daba al balcón abierta, las cortinas moviéndose y en el suelo, una foto de las dos. Sobre la cama de Odara había unas hojas de cuaderno arrancadas que tenían su nombre.

Elías Domínguez

Editado por
FERNANDA LOUTFE OROZCO

Elías Domínguez

Estudiante de idiomas. Del campo, al sur de México. Allí cultiva una pequeña huerta de chiles y tomates. Pasó una época en Portugal, lugar que recuerda con nostalgia. Amante de la escritura de Ibarraengoitia. Sus días pasan entre leer y ver cortometrajes. Su palabra favorita en español es “árbol”. Uno de sus textos se puede leer en el Blog de la *Revista de la Universidad de México*.

Fernanda Loutfe Orozco

Estudiante de tercer semestre de Literatura. Nació en Coatzacoalcos, Veracruz, y actualmente vive en Cholula. Su ensayo “La locura en el arte” fue publicado en la revista literaria *Los no letrados*. Desde pequeña le gusta leer, por lo que quiere dedicar su vida a editar y traducir novelas para jóvenes.

Candelario

El sonido causado por la alarma del celular hace que Candelario se despierte. Bosteza con los brazos alzados mientras los ojos de su siempre sonriente madre lo miran desde el retrato sobre la mesilla de noche.

Con lentitud van saliendo de la cama una a una sus largas piernas. Ya de pie, camina por el amplio pasillo opaco lleno de fotos familiares de distintos tamaños y formas hasta llegar a la cocina. De vez en cuando, al pasar frente a la puerta de madera oscura del cuarto de su madre le grita los buenos días, disfruta de eso, es como hacer que ella salga de las profundidades de alguno de los tan bien ordenados retratos de madera y bronce que cuelgan de las paredes, impregne el ambiente con su olor a mermelada de limón y le dé su beso de buenos días.

Candelario puede sentir ese olor a madre, ese olor que llena la casa entera, que le llega hasta lo más profundo del alma, aunque hace poco más de cinco años que Doris dejó de colgar retratos, no por decisión de ella, sino porque ya se le había agotado el agua del grifo de la vida.

Candelario se sienta a la orilla de la mesa rectangular constituida por dos extensas tablas de blanca ceiba, escucha la música de los pájaros que logra pasar por la ventana bien cerrada, mientras espera a que se caliente el agua para el café.

Doris era de tierras del mar, tierra que se junta con la arena. Con sus veintiún años, pelo negro y una sonrisa que daba vida hasta lo más gris, se vio bajo un cielo diferente. Doris tuvo que dejar el mar para irse a buscar trabajo a Elvares,

un pueblo donde el cielo es más azul que el cobalto y el terreno se forma de enormes subidas y bajadas. Allí conoció a Heberto, un hombre dueño de muchas cabezas de ganado y tierras muy húmedas. Candelario es el jugo que surgió del amor de esos dos seres.

En casa, Heberto siempre exigió la comida con la que él había crecido, muy contadas fueron las veces que estuvo dispuesto a comer alguna de las que Doris había traído de *allá*, que era como él decía cuando tenía la necesidad de referirse a las arenosas tierras de Doris.

Doris, que fue siempre una mujer llena de vida, aprendió estupendamente bien las recetas de su suegra: platos llenos de sabor y color que fascinaban a su marido, tanto que, si él hubiera tenido que elegir entre dos tamales, uno hecho por su esposa y el otro por su madre, no hubiera sabido cuál había sido hecho por cada una.

Candelario termina su café, huele el fondo de la taza y el ambiente de la cocina. Su madre le enseñó a oler todos y cada uno de los rincones de la vida.

De la cocina pasa al iluminadísimo zaguán rodeado de macetas de barro repletas de sábilas. Se sienta en un mueble de mimbre que a pesar de la humedad del lugar, todavía está muy conservado. En media hora más saldrá a ver a Estela.

La fonda de doña Amalia, la madre de Estela, es un lugar pequeñito pintado de rosado mexicano, en el ambiente se suele sentir un olor fuerte a zumo de naranjas que alegra el día a quien pasa por ahí, hay seis mesas con cupo para cuatro personas, sillas azules y un letrero que dice «TACOS A 10 PESOS».

Estela es una muchacha de caderas anchas, manos delicadas y piel hermosamente tostada por el sol de su infancia. Ella se enamoró de Candelario porque en el primer rozar de sus pieles sintió un calor tan bonito que le dieron ganas de no dejarlo de sentir nunca.

El platillo por excelencia de la pequeña fonda son los tacos de pollo a la naranja.

Candelario, después del desayuno, siempre quiere saber más de la vida de esta muchacha que él encuentra tan bonita. Quiere saber por cuánto han pasado esas manitas de las que él tanto se maravilla. Siempre platica todo el resto de la mañana con su amada en una combinación de miradas pícaras, carcajadas y cosquillas y solo se detienen cuando algún cliente atraviesa la entrada y pide algo. Sin embargo, hoy Candelario no ha visto los dientes separados de Estela, no ha visto en ella esa cara burlona de la que es dueña.

Mientras doña Amalia atiende a un viejecito amigo suyo, Estela le hace señas a Candelario para que la siga. Él se levanta de la silla como si lo empujaran y se adentra a ese tibio lugar que en tantas ocasiones ha sido testigo de grandes amores entre ellos, la bodeguita del fondo que no es más que un espacio con piso de tierra asentada, paredes sin revocar y hogar de sillas quebradas.

Cuando ya no hay ojos que los vean, Estela se arroja al hombro de Candelario, después de abrazarlo y besarle por un momento se acerca a su oído: que no ha sangrado, que está llena de miedo y que no sabe qué harán en caso de que lo más temido llegue a pasar.

Candelario al oír los miedos de Estela se estremece, no sabe qué decir. El dinero que recibe de su empleo como instructor de inglés apenas le alcanza para sus gastos personales, que ni siquiera son muchos. El llanto de Estela se interrumpe cuando doña Amalia la llama. Ella le alcanza a decir a Candelario que lo verá al atardecer en el parque.

Candelario regresa a casa más temprano de lo que había previsto. La casa donde vive es la misma de toda la vida, construida de una mezcla de ideas de sus padres, ésta combina lo mejor de los dos: la adoración a las plantas de su madre y el gusto de su padre por los espacios amplios y abiertos.

Candelario cierra los ojos, el cariñoso olor carga su mente de recuerdos de tardes soleadas de julio caminando a orillas del arroyo junto a su madre. Su madre está allí con él, su madre sonríe.

Se sienta frente al espejo de marco de madera y mira su rostro. Le parece que sus veintiocho años han pasado groseramente. Esa cara que él ve nada más conserva de sí los ojos felices que estuvieron presentes en los años de risas y chistes con su madre, tiempo que pasó y nunca más volvió.

Cuando el cielo empieza a tomar colores de tarde, Candelario sabe que es hora de ir con Estela. Él ama a su Estela, adora ver el inocente lunar que tiene en la punta de la nariz, pero ninguno de los dos está preparado para nada más.

Pasando por el patio húmedo repleto de enredaderas que cubren las paredes y la luz del día, cerrando el alto portón de hierro oxidado, Candelario sale de casa.

Para llegar de casa hasta el parque del centro de Elvares hay que pasar un caminito rodeado de framboyanes que en junio pasan a ser amarillos dejando el cielo pintado de su color.

Candelario va a pie. Va por el camino mirando a su alrededor, todo es tan verde, de un tono verde que le llena los ojos y le hace sentir el sabor de las hojas en la boca. Candelario mira todo tal y cómo su madre lo hacía, con ojos de maravilla, ella se sorprendía de todo lo que la rodeaba.

Llega al parque donde los niños corren y gritan. Espera un rato a que llegue Estela, hasta que por fin ve aproximarse a la bonita muchacha de vestido anaranjado quemado que resalta su piel tostada, Candelario abre los brillantes ojos verdes como el paisaje del camino, y Estela aparece frente a él dándole una sonrisa linda que recuerda a los mejores momentos. Candelario se queda unos segundos admirando las manos de Estela. Después, los dos abrazados suspiran.

Al cabo de una semana se concluye que lo mejor es vivir juntos. Estela pasa a vivir a casa de Candelario y él pasa a

compartir su cama de toda la vida. En esa cama Estela duerme incómoda. Llevan una vida marital de cerca de 20 días que parecen 20 años.

Cuando dan las cuatro de la tarde Candelario regresa de trabajar cansado y con hambre. Al pasar por el patio se llena de horror al ver que parte de las enredaderas se ha ido, lo que llena el patio de repugnante luz. En el zaguán todas las macetas de sábila han sido movidas y desempolvadas. Candelario se apresura a entrar a su casa y encuentra que las ventanas de la cocina dejan entrar el tibio aire de la tarde. Todo está despejado y lleno de esa claridad tan brusca. Busca desesperadamente el olor a su madre en el ambiente de la casa, pero nada hay. No está más la fragancia natural de mermelada de limón que inundaba la casa. Madre se ha ido a quién sabe dónde.

Candelario explora los cuartos de la gran casa en busca de Estela. La encuentra encima de un banquillo pasando un paño por uno de los retratos del pasillo opaco, ella le enseña alegremente sus dientes separados y lo que recibe como respuesta es un gesto de desprecio que Candelario no se puede quitar de la boca.

Estela conoce hasta el último rincón físico de Candelario, sin embargo, desconoce muchísimo de su interior. A él le hierve la sangre de rabia, rabia que tiene válvula de escape en los ojos. Candelario se queda sin reclamar nada sobre los cambios en la casa.

Candelario sale de casa siguiendo el ruido que hace el viento al chocar con las matas de mango vecinas al arroyo. Llega hasta el pie de la choza de doña Eduvijes, una viejecilla que fue amiga de su madre, a la que su madre le contaba sobre cuántos tonos de azul tiene el mar. Después de un cuarto de hora Candelario sale de la chaparra choza, lleva en uno de los bolsillos traseros de los pantalones de lino una ramita de albahaca y algunas rajas de canela.

De regreso a casa, en la cocina sin hacer mucho ruido prepara un té.

Antes de dormir Candelario le da seriamente las buenas noches a Estela, ella con los ojos llorosos le responde y le pregunta la razón de su seriedad, Candelario le dice que no es nada, que simplemente ha tenido un mal día en el trabajo. También le dice que le preparó un tecito para dormir mejor. Ella lo bebe. Duermen.

Dos días después las cosas parecen marchar mejor, Candelario regresa a casa con nuevos temas de conversación y Estela cuida de su embarazo y de los helechos que recién plantó y colocó a los costados del portón. La rutina del té se repite durante casi una semana.

Son cerca de las ocho de la mañana cuando Estela empieza a sentir un dolor en el vientre, cierra los ojos, suda, grita y muerde. Después de casi dos horas de tortura y la salida de grandes coágulos de sangre ella siente un alivio tremendo en su ser. Aunque todavía siente cólicos leves Estela entiende lo que acaba de pasar y la liberación que esto le trae.

Tan pronto abre el portón al regresar del trabajo, Candelario encuentra una nota de Estela. Encima de una macetita ella dejó la nota:

Ya no hay nada que haga que yo esté ni un momento más en tu casa. No hay nada de qué preocuparse mi muy querido Candelario. Te perdono que me hayas dado a tomar el «tecito para dormir» sin azúcar. Me regreso a casa de mi madre.

Tu Estela

Candelario pone cinco limones en un plato, escoge uno y lo lastima con la uña del dedo gordo, inmediatamente su madre llega a darle las buenas noches. Candelario ríe, platica y se mira en los ojos de su madre esta noche. Candelario duerme contento.

Carla Durán

Editada por
PAULA BUZO

Carla Durán

Estudios Literarios. Ha participado como ponente en distintos foros académicos dedicados a las disciplinas humanísticas que estudia. Colabora mensualmente en la revista cultural *Bicaalú*. Su cuento "Blim" fue uno de los veinte finalistas del V Premio Endira Cuento Corto, próximo a publicación.

Paula Buzo

Habitante de la Ciudad de México. Licenciada en Comunicación y estudiante de la Maestría en Diseño y Producción Editorial. Colabora como editora y correctora en diversas publicaciones para la divulgación de la cultura y el conocimiento científico. Además es una gran entusiasta del teatro musical.

Piensa en mí

Sarita estuvo conmigo cuando murió mi esposa. Ella le sostuvo la mano mientras Regina me decía: «Viejo, si te vuelves a casar, que sea con una más guapa que yo». Era su vanidad hablando, no quería a otra ocupando su lado de la cama. Se lo prometí a la ligera; frente a su agonía no estaba para pensar en nuevas nupcias ni en otras mujeres, pero tampoco para considerar las llagas que deja la soledad en un viudo.

Pero apenas un mes después su petición me hizo voltear a ver a otras mujeres, a evaluar si alguna cumplía con la condición impuesta. De nuestra generación, ninguna. Regina de muchacha quitaba a todo mundo de lo que estaba haciendo para verla pasar. Sus grandes ojos pestañones emanaban divinidad al resto de su cuerpo delicadamente curvado. Poco después de casarnos se volvió enfermiza; como una llama en la noche, apenas encendida pero tan reluciente en la oscuridad. Cuando le nacieron las primeras arrugas fueron un fino adorno en su rostro. Incluso en el ataúd, con la palidez de la muerte encima, era una escultura. No, mujer de cuarenta y tantos más guapa que ella no había en todo Amealco.

Justo por eso la hice mi esposa; aunque soy un hombre sencillo. Nunca me ha importado mi aspecto personal, considero un exceso de indios bañarse a diario. No compro ropa fina ni desgasto la que tengo lavándola de más. Un hombre de mi tipo hubiera sido muy poca cosa para Regina, pero tengo la destacada cualidad de ser trabajador. Me atreví a aspirar a ella porque yo era un joven cultivado.

Desde muy niño mis padres me enseñaron a cuidar los negocios y sus frutos. Ellos comenzaron vendiendo leña, que llevaban en burros. Cuando dejaron ese giro curtieron la piel del último asno que les dio servicio. Era un recuerdo de su origen y de lo que vale el trabajo duro; yo la conservaba con el mismo sentimiento. Gracias a lo que aprendí le pude ofrecer a mi esposa sustento y casa propia, producto de las largas horas de trabajo en mi tienda, la miscelánea mejor surtida del pueblo.

Cada domingo mi padre me daba algo de dinero, dependiendo de qué tanto hubiera trabajado en la semana. En lugar de comprar canicas y dulces, iba directo al puesto de revistas por algo para leer. Así me hice de una colección de clásicos literarios y una de historia del arte. Sin los libros me hubiera contentado con ver el campo florecido, mas fueron las bellas letras las que avivaron mi sed por la hermosura.

Ese es un rasgo anormal entre la gente de mi clase, pero yo era un hombre antes que otra cosa. También por eso tenía la piel de burro extendida en el respaldo de mi sillón de lectura, para distinguirme de las bestias. Un burro apenas y se percata de sí mismo y sus necesidades; si se apareara sería por necesidad y ninguna hermosura lo llevaría a desear a una pareja. Me enorgullecía de mi fineza para tener en alta estima todo lo bello.

Me empeñé en que Regina fuera mi mujer. Como ella no sabía quién era Goya ni había leído a Dumas, le pareció muy bonito todo lo que le decía cuando dábamos la vuelta. No me hacía falta que ella se interesara por las mismas cosas que yo, solamente necesitaba verla. Por eso sin ella me quedó un hondo vacío, no podía sustituir con novelas el placer que me daban sus atributos de mujer.

Después de Regina, quizá me hubiera conformado con una menos hermosa, pero lo que me había dicho en su lecho de muerte me incitó a compararlas a todas con ella. Dejé de

limitarme a las de mi edad, pensé que alguna aventajada en juventud ganaría el título. Entonces me fijé en Sarita.

Todavía no se divisaba cómo sería su rostro cuando fuera una señora, pero adivinaba que, como Regina, conservaría su belleza con los años. Tendría apenas unos meses de haberse hecho señorita, los botones de su blusa comenzaban a batallar por cerrarle en el pecho. Sus recién ensanchadas caderas la entorpecían al caminar, se golpeaba con esquinas de muebles que nunca antes le habían estorbado. Empezaba a madurarse en ella una delicadeza propiamente femenina.

Impulsadas por la vanidad, las mujeres cuidan los detalles de su aspecto, por eso son una fructífera fuente de placer para los ojos; pero a mi esposa le enseñaron que la vanidad era pecado y se avergonzaba si se detenía más de diez minutos frente al espejo. A mí me daba gusto sorprenderla retocándose el peinado a mitad del día. En cambio, a Sarita cualquier reflejo suyo la podía entretener por horas.

A veces me parecía que confundía ventanas con espejos y que le gustaba la lluvia sólo porque dejaba charcos en los que se podía mirar por la calle. Regina la regañaba por esto. Le decía: «¿Qué tanto te ves? Mejor hazme un té para este dolor de cabeza que traigo», «Deja de estarte peinando y despeinando y pásame el jarabe para la tos», «En lugar de estarle haciendo caras al espejo, ayúdame a vestirme». Con todo y sus ganas de seguirse viendo, Sarita corría a cuidarla de buena gana.

Era su único deber: atenderla. Otras muchachas de su edad no tenían tanta responsabilidad, pero ella ni una vez se quejó. Se querían aunque su relación era igual a la del enfermo con la enfermera. Sin asomo de asco ni disgusto, Sarita dejaba incompleta su tarea para sostener el cabello de Regina cuando le daba un ataque de vómito. Luego la arropaba con el mismo cariño. Mi esposa le decía con dulzura: «Gracias, mi niña».

Después de la muerte de Regina, Sarita quedó como desamparada. Además de ir a la escuela ya no tenía otro pendiente. Empecé a pedirle que me acompañara en la tienda. Eso era bueno para ella, así no pasaba la tarde sola, sin que nadie la necesitara, y yo podía tenerla cerca, aunque ni me ayudara. Insolente, se veía en el vidrio del mostrador, ponía cara de beso, sonreía, se soltaba el pelo, lo trenzaba, lo destrenzaba, se peinaba las cejas... Verla me hacía sonreír hasta que se me doblaba el labio superior sobre la encía y se mostraban mis dientes plateados inferiores. Cuando se daba cuenta de mi expresión, miraba al frente y se ponía seria.

Me hubiera gustado que las evasivas de Sarita fueran solamente por lealtad a Regina. Toda mujer respeta a un viudo cuando el cadáver de la esposa no se ha acabado de enfriar; pero el asunto con Sarita era mucho más delicado. Hasta entonces ningún problema me había causado mi gusto por la belleza, pero me tuve que complacer con mirarla especialmente a ella y destruir para siempre mi orgullo de hombre civilizado. Entre Sarita y yo había lazos complicados. Un paso en falso y nos ahorcaríamos con ellos.

Con Regina no hubo pecado. Pedí su mano, me la dieron por las buenas y hasta después de la boda la tomé como mujer. Ella me cautivó porque a su paso el mundo se ordenaba para hacer lucir su belleza, armonizaba el universo. Sarita, por su parte, era de una hermosura violenta; me invitaba a entrar en guerra con toda ley y costumbre de hombre bueno. Posar los ojos en la parte más estrecha de su cintura me quemaba con fuego eterno. Ella me había atrapado más de una vez viéndola con deseo, entonces su pecho se turbaba al vaivén de la perdición y ambos nos sentíamos presos de su belleza.

Aun así seguí buscándola, pero ella se escapaba. Si le pedía que me acompañara en la tienda, se disculpaba yendo al baño cada media hora. Si comprábamos mercancía,

se hacía la interesada en algún producto lejos de donde yo estaba cargando cosas. Si le preguntaba por la escuela y sus amistades, me respondía con monosílabos. Para evitar hacerme sonreír dejó de darme el gusto de ver cómo se entretenía con su reflejo.

Quizá con eso hubiera sido suficiente para que yo dejara de insistir en tenerla cerca, pero Sarita tenía algunos descuidos provocadores a los cuales me había aficionado. Cuando le pedía que acomodara algo en la tienda, a veces se agachaba sin sospechar que su falda escolar dejaba ver sus pantaletas. Los días de lavar ropa entraba con la blusa salpicada y entre las humedades se asomaba su abultado brasier. Todas las mañanas arrancaba una hoja de lavanda y se la restregaba por el cuello, cerraba los ojos como sintiendo placer de la caricia, como pidiendo que una boca la devorara.

Lejos de satisfacerme enteramente, estos gestos me obsesionaban, me sugerían fantasías por de más atrevidas. Por un tiempo mi vicio fue imaginarla en su recámara después de bañarse. Tardaba tanto en salir vestida que seguro algo de ese rato lo pasaba desnuda frente al espejo. A puerta cerrada, ¿con cuánto cuidado inspeccionaría su piel? Acosado por esta idea quise tener un descuido. Entré sin tocar. Ahí estaba ella, viéndose de perfil, acariciando su vientre plano. Fue apenas un parpadeo, se cubrió con la toalla que había dejado en el piso. Salí disculpándome, pero no pude contener mi sonrisa.

Una parte de mí quería acabar con esto, arrancarme los ojos para no verla; pero la razón se asfixiaba en el placer y adormecido me entregaba dichoso a esa condena. Ahora creo que de haberme quedado ciego la hubiera buscado con las manos, la hubiera tocado con la excusa de encontrar mi camino en la oscuridad. Su belleza me consumía como ninguna otra, ennegrecía mi alma y de esa podredumbre me nació el deseo de un beso.

No pensaba en poseer su boca con mi lengua, deseaba menos que eso. Sus labios en mi mejilla serían suficientes. Creí que con eso apagaría mis ganas, al menos por algunos días; tendría ese beso para revivir y entretener mi sed. Sin embargo, no quería pedírselo, mejor que ella me lo diera, que a propósito de algo me regalara ese gusto.

Le compré unas arracadas de plata. Sarita andaba con los mismos aretes que le pusieron de recién nacida, le hacía falta joyería de mujer y con lo que le gustaba arreglarse le iban a brillar los ojos cuando las viera. Me puse a fantasear con cómo me iba a plantar un beso por su voluntad y un mal mayor anidó en mí. Se me ocurrió que por ese regalo me iba a quedar debiendo y si a ella no le nacía ser agradecida, entonces le haría ver su deuda.

Después de cenar me senté en mi sillón como cada noche, pero en lugar de agarrar un libro la llamé. Cuando abrió la cajita se le olvidó que ya no se veía en el espejo delante de mí, corrió al de la sala a ponerse los aretes y agarrarse el cabello en una coleta. La plata rozaba con su cuello y su quijada. Vinieron a mí las imágenes de ella perfumándose con lavandas. Quise olerla. La llamé a mi regazo.

Sentí su tierna cadera entre mis manos y la senté en mis piernas. Se quedó derecha, dándome la espalda. Aparté su cabello y hundí mi nariz en su nuca. Las lavandas florecieron. Ella siguió sin voltear.

—¿No me vas a dar las gracias? —Ella me respondió con un murmullo—. ¿Y un beso?

La acomodé para que quedara de lado. Tímidamente posó sus labios en mi mejilla. No me resistí a voltear la cara para que nuestras bocas se tocaran como por accidente. Si hubiera sido un besito tronadito y seco de niña zonza me hubiera conformado, la hubiera dejado ir, pero me dejó la piel ardida con su boca húmeda. Era atentar contra la ley de Dios, pero sus labios me hicieron olvidar las escrituras.

Deslicé mi mano por debajo de su falda. Sus muslos eran firmes, blancos, sin asomo de futuras várices. Los apretaba juntos, pero con una decidida caricia los aparté. La calidez que se había resguardado entre ellos me llevó a tocarla por encima de las pantaletas. Pero así sentada como estaba, dirigía mi apetito a otra parte de su cuerpo.

Su seno se alzaba lentamente y caía agitado. Prometía la firmeza de su juventud y la acogedora blandura femenina. Desabotoné su blusa. Su pecho, liberado de su ropa de niña, me recordó a Regina en nuestra noche de bodas. Ambas tenían un negro y abultado lunarcito del lado izquierdo. Lo acaricié con nostalgia. La piel de Sarita se desenrollaba frente a mí, nueva y familiar a la vez.

Ella no se movía. Pero se necesita muy poco de una mujer hermosa; tienen talento para recibir en su piel el tacto masculino. Así había sido mi esposa, dejaba que yo hiciera de ella lo que mi placer dictara y de vez en cuando soltaba un gemidito deliciosamente entonado. Sarita hizo algún ruido que sonó como una súplica; elegí ignorarlo. Estaba extrañado en su cuerpo. Poseído por el deseo de su piel, tan sólo podía ser indulgente a los caprichos de la mía.

Tomé su delicada mano entre las mías y la hice sentirme por encima del pantalón. Regina había tenido manos delgadas como las de ella. Sumido en el placer, a ratos pensé en Sarita como mi esposa. Si acaso en algún momento la conciencia me pidió que parara, me justifiqué con el regalo que le había hecho. Alejado de la razón me desabroché el pantalón. Seguí sin necesitar nada de ella, me bastaba su tacto contra el mío. No la solté hasta que estuve satisfecho.

No había sido mi intención llegar a tal exceso con ella, pero Sarita no hizo mucho por detenerme. Si se hubiera resistido con la misma violencia con la que me provocaba, no hubiera llegado a tanto. Mi lujuria reconocía por amas y señoras a sus curvas y a ellas se entregaba sin restricciones

de lo que fuera correcto. Pero una vez complacido no supe qué hacer con mi pecado.

La tomé por la cintura y la hice a un lado para levantarme del sillón. Quise irme a descansar, ocultarme de su presencia bajo las cobijas. Sarita se quedó como un trapo arrinconado en el asiento. Estaba temblando con la blusa mal puesta y la mano húmeda extendida sobre sus piernas. Me vestí como para mostrarle que ella debía hacer lo mismo, pero se quedó temblando. Quité la piel de burro del respaldo y la puse sobre sus hombros para que se le pasara el frío; más no podía hacer por ella.

Ya estaba abriendo la puerta de mi cuarto cuando me llamó. Caminaba hacia mí. Sacó su mano, aún mojada, del abrigo que le había dado.

Me di vuelta, la dejé ahí. No tenía nada que decirle.

No la volví a ver, ni a ella ni a la piel. No sé si la oí irse por la puerta trasera, no me esforcé en vigilar sus movimientos. Se llevó todo cuanto me importaba: su cuerpo con todos mis deseos y la piel de burro. Me hubiera dolido menos si antes de irse hubiera incendiado la tienda y la casa. Hubiera preferido que acabara con mi vida a que me dejara solo y tan lejos de lo que fui.

Quise imaginarla yéndose con un muchacho que comprendiera lo que había sufrido y le diera una vida de señora respetable, una cenicienta triunfal. Pero me llegaron rumores de que la habían visto trabajando en «La Yegua» y han aniquilado los finales felices que esperaba. Hoy me atormentan imágenes de ella sentada en las piernas de hombres extraños que hunden las narices en su cuello y la lamen, la tocan sin pudor, como yo hubiera querido. Y le piden que les diga «papi».

Ghada Martínez

Editada por
JULIO VILLANUEVA

Ghada Martínez

Estudiante de la licenciatura en Escritura Creativa y Literatura. Desde que tiene memoria ha querido dedicarse a los libros, y de ellos ha aprendido que hay muchas cosas por subvertir. Está convencida de que para escribir hay que sangrar un poquito (o mucho). Escribe principalmente cuentos y aspira a poder apropiarse de todas las letras de la palabra “escritora”. Coincide con José Emilio Pacheco en que “desde antes de Scherezada, las ficciones son un medio para postergar la sentencia de muerte”.

Julio Villanueva

Estudió Literatura Hispánica. Interesado en los procesos editoriales alternativos, así como en la interacción entre palabras e imágenes. Actualmente prepara una tesis sobre el editor como agente activo dentro de la creación literaria y espera próximamente cursar una maestría en negocios editoriales.

Juliana

Los gritos de Juliana me despiertan y antes de saber qué pasa, ya estoy golpeando con los puños la puerta de su habitación y gritándole que abra. Mis padres no tardan en llegar. La puerta sigue cerrada y los sollozos son cada vez más fuertes. Lloramos, le hablamos suave, le suplicamos. Por favor, abre. Nada. Sólo gritos: alaridos, gorgoteos, chillidos, como si le estuvieran lijando las cuerdas vocales. Me tapo los oídos para no escuchar el miedo y terminamos por abrir la puerta a patadas. El calor del cuarto nos golpea la cara. La encontramos arañando el piso; mamá corre a envolverla con sus brazos y mis padres forcejean con ella. Le revisan todo el cuerpo, mamá le mete dos dedos a la garganta para obligarla a vomitar: lo único que sale es saliva y jugo gástrico. Se calma y mis padres se miran asustados. Intento normalizar mi ritmo cardíaco y me quedo de pie en el umbral.

Sus libros están esparcidos por todo el cuarto, los libreros volcados; la lámpara, el colchón y cosas pequeñas en el suelo junto a pedazos de cristal y objetos rotos. Varios jirones de papel tapiz cuelgan de la pared, hay líneas de sangre seca en los muros. Juliana se recuesta en las piernas de mamá y ésta le aparta el cabello húmedo de la cara. El cuarto huele a sudor y una mosca gira alrededor del foco que cuelga del techo. Observo la cara enrojecida de mi hermana: sus ojos hinchados, las marcas blanquecinas que dejaron las lágrimas en sus mejillas, el hilo de saliva colgando de su mentón. Aguanto la respiración y después miro sus manos, sus nudillos amoratados, las puntas

de sus dedos en carne viva, los trozos de uña que no consiguió arrancarse. Ve por un vaso de agua. Salgo de la habitación y exhalo.

Son las cuatro de la mañana. Cuando regreso, mamá está hablando por teléfono y papá intenta recoger lo que está tirado en el suelo. Juliana está sentada en la orilla de la cama, le extiende el vaso y ella no levanta la mirada, pero lo agarra y se lo lleva a los labios, aunque el temblor de su mano hace que la mitad del agua se derrame. Finjo no darme cuenta. Poco después llega una ambulancia y sólo alcanzo a darle un pequeño apretón en la mano antes de que se la lleven. Mis padres la acompañan. Cierra bien la puerta, ponle llave a todo, revisa que las ventanas estén cerradas. Digo que sí y lo primero que hago en cuanto se van es cerrar el cuarto de mi hermana y prender todas las luces de la casa. Mi corazón martillea e intento respirar sin hacer ruido. Luego llevo una cobija a la sala y me acuesto con los ojos muy abiertos y sin darle la espalda a la puerta del cuarto de Juliana. Escucho el ruido de un objeto al caer y menos de cinco minutos después, un retortijón me sacude las tripas y me obliga a correr al baño.

Cuando regreso, busco con la mirada lo que se cayó pero no me atrevo a levantarme del sillón. El miedo es amarillento como la luz del cuarto de mi hermana, huele a sudor y me mira a través de una cortina de cabello negro. Aprieto la mandíbula e intento contener las lágrimas, pero es inútil, así que lloro hasta que mis ojos se hinchan tanto que tengo que mantenerlos cerrados. Ojalá Miló estuviera aquí para tranquilizarme con su calor; me lamería la cara, movería la cola y nos acurrucaríamos juntos. Siempre soy espectador; siempre Juliana y ese dolor que sólo puedo observar y con el que lo único que se puede hacer es forcejear. El hastío se concentra cada vez más. Cuántas veces. Y hasta cuándo.

Es sábado y mi familia regresa a las diez de la mañana. Juliana llega con ambas manos vendadas, sin levantar la

mirada del suelo, se encierra en su habitación. Mis padres se dirigen a la cocina, preparan café y después se sientan a la mesa. Me acerco en silencio y los escucho susurrar. Nudillos fracturados... Te lo dije... Al menos esta vez... Los dedos nada más. No podemos internarla de nuevo... Si se hace algo va a ser tu culpa, entonces. Me reúno con ellos para desayunar, ambos están pálidos y un par de círculos oscuros rodean sus ojos; cuando me ven llegar guardan silencio abruptamente y se dedican a comer. Me levanto de la mesa y toco la puerta del cuarto de mi hermana. No contesta. Toco de nuevo y sigue sin contestar o abrir, así que decido entrar. La encuentro acostada en su cama y con los audífonos puestos. Me mira y extiende un brazo para que me acueste junto a ella. Lo hago, me pasa uno de los audífonos y escuchamos música hasta quedarnos dormidos.

Cuando despierto, lo primero que veo son las marcas que cubren su brazo. No recuerdo una sola vez en que mi hermana me haya abrazado sin que alguna de las cicatrices me rozara la cara. Caídas, raspones, cortadas, arañazos, mordidas, fracturas; cualquier cosa para que no duela, lo que sea para no pensar, lo que se requiera para que vuelva la calma. A Juliana le da más miedo quedarse encerrada consigo misma que ver sus tripas desparramadas en el suelo. Mis padres se dieron cuenta desde que era muy pequeña, cuando era más que evidente que lo hacía a propósito. El día que nací, ella se rompió un brazo, y en eso ha consistido nuestra relación todos estos años. Ella tenía seis y ni mis padres ni yo supimos nunca qué fue lo que sucedió en esos veinte minutos que la dejaron en la sala de espera del hospital. Catorce años después, ella sigue negándose a hablar del asunto y lo único que he escuchado durante toda mi vida es la misma historia de cómo fue que mis padres escucharon sus gritos —siempre sus gritos— en el pasillo y cómo su antebrazo colgaba partido a la mitad, con la punta blanquísima del hueso asomando a través de la piel.

Cuando entré a la primaria, sucedió un imprevisto con un cuchillo de cocina; cuando aprendí a nadar, ella estaba en el hospital; cuando me caí trepando un árbol en casa de los abuelos y me abrí una ceja, Juliana empezó a ir con la Dra. Vázquez; cuando gané una competencia de natación, mi hermana se tragó un bote completo de pastillas para dormir; cuando le pedí a mi papá una bici, me dijo que no, que había gastos más importantes como las medicinas. En mi último cumpleaños encontré a Juliana achicharrándose un dedo con el encendedor que íbamos a usar para las velitas del pastel; mis papás hicieron todo lo posible para convencer a los invitados que había sido un accidente.

La escucho sorberse la nariz junto a mí. ¿Quieres ver una película? No, tengo que limpiar. Ándale. Le pico las costillas. No, ve tú, ahorita te alcanzo. Me levanto de la cama e intento distraerme con películas y videojuegos. Antes era más fácil hacerla reír o convencerla de salir a caminar un rato. Su cabello está enmarañado, duerme todo el día y su aliento huele mal. En su habitación, los libros acumulan polvo, cada vez está más cansada. Ya ni siquiera me pide perdón por lo de Miló, mi labrador negro al que tuvimos que dar en adopción después de que Juliana lo moliera a palos una noche que se sentía mal. Se me acumulan los reproches y el fastidio.

Papá sale al súper y mamá se queda en la casa para cuidarnos, o más bien, para cuidarla a ella. Son las doce del día y el tiempo se arrastra. Decido ir a la alberca un rato. Mamá me reprocha que quiera salir, dice que es mejor que me quede cerca por si pasa algo, pero estoy decidido a olvidarme un rato del asunto. Al final se resigna. Ve con cuidado. Tomo un microbús, me bajo frente a la escuela de natación y al entrar, el olor a cloro y las paredes de mosaicos azules me alivian. La señora de la recepción me recuerda que tengo dos días de atraso en el pago.

Los sábados casi no hay gente, así que me cambio con calma y me siento en el borde de la alberca para meter sólo los pies; mis dedos forman círculos en el agua. Sólo hay cuatro personas más: una señora mayor, un niño pequeño con su mamá y el instructor. Después de un rato me zambullo y doy un respingo cuando me golpea una corriente de agua fría. Me concentro en mi respiración y en mi cuerpo suspendido; relajo la espalda y estiro las extremidades lo más que puedo. Miro hacia abajo, mis pies inquietos lejos del fondo, las líneas que dividen los carriles y cómo se difuminan los bordes de la alberca en el azul de los mosaicos. Siento presión en los oídos y escucho, como a través de una pared gruesa, las ondas graves de sonido que viajan en el agua.

Hago mi rutina habitual. Varias series en todos los estilos; intento despejar mi mente. Cinco brazadas, bocanada de aire; las piernas siempre en movimiento, la cadera elevada. Observo las burbujas que salen de mi nariz. Cinco brazadas, Juliana y yo corriendo en la playa, agarrados de la mano al entrar al mar, bocanada de aire; la patada constante, los chillidos de Miló, la cadera elevada. Sacar bien los brazos, exhalar profundo. Cinco brazadas, ahorita no se puede, hijo, hay que cuidar a tu hermana, bocanada de aire; sin doblar tanto las rodillas. Mis goggles empañados; el avión de juguete que Juliana, papá y yo tardamos tres horas en armar, era un día de sol; estirar bien las piernas. Cinco brazadas, bocanada de aire; toco la orilla, me detengo e intento normalizar mi respiración. Cierro los ojos, costras y mechones negros. Se me acaba el aire, saco la cabeza y recargo la frente en la orilla; me duelen los hombros y siento mis piernas temblorosas. Cuando regreso a mi casa encuentro a mamá dormida en el sillón. Me acerco al cuarto de Juliana, abro la puerta con cuidado y veo que también duerme; después me encierro en mi habitación. Papá todavía no regresa.

Ha pasado casi un mes y Juliana se ha portado bien. Ayer que me asomé a su cuarto la vi desempolvando sus estantes, hurgando entre sus libros. Hace dos días me acompañó al parque. Hoy viene tía Marlene, que acaba de regresar de Perú. Papá está muy contento y ansioso por verla; hace un año que no ve a su hermana. Hay un ánimo festivo en la casa y mamá da vueltas de un lado a otro para asegurarse de que todo esté en orden. Juliana está sentada en el sillón, con los audífonos puestos y ojeando una revista. Mamá nos avisa que va a salir a comprar las cosas que faltan para la comida. Mi hermana levanta la mirada y la observa con temor. Abre mucho los ojos, sus pupilas delatan angustia.

—No tardo. Voy a regresar —le dice mirándola fijamente.

Juliana asiente y la veo morderse el interior de la mejilla. Todavía no le cuento a mi familia de la competencia de natación en la que participaré, todavía no les cuento lo orgulloso que me siento.

Cuando llega tía Marlene escucho su voz desde mi habitación; salto de la cama y corro a saludarla. Mi hermana me sigue en silencio. Me emociona ver a mi tía; es muy alegre, suele traernos regalos de los lugares a los que va y, como viaja mucho, siempre tiene algo que contar. Me saluda entusiasmada, me abraza con fuerza. A Juliana la saluda con menos efusividad y siento una punzada de satisfacción. Pasamos la tarde tranquilos, alegres. Hacia las seis, mi tía anuncia que tiene que irse pero mis papás la convencen de quedarse a tomar un café y ella acepta. Mientras ellos revolotean en la cocina, mi tía y yo platicamos en voz baja. Mi hermana está en su habitación.

—¿Cómo has estado?

Me empieza a arder la garganta, trago saliva y sin saber por qué, siento calor en los ojos. Miro hacia arriba para disimular las lágrimas. Tía Marlene me palmea la espalda suavemente.

—Sabes que no es tu responsabilidad.

Tía Marlene nos da los recuerdos que trajo para nosotros de Perú, el mío es una miniatura de Machu Picchu. Se despidе con abrazos y promesas de visitarnos pronto. Siento cómo me estrecha más fuerte que a los demás.

Me acuesto temprano, pero no puedo conciliar el sueño. Al cabo de unas dos horas me dan ganas de ir al baño y me levanto, después aguzo el oído y escucho los sollozos apagados de Juliana. Me quedo inmóvil. La idea de pasar junto a su cuarto para llegar al baño me horroriza. Me da miedo que su puerta esté abierta. Me pregunto qué estará haciendo; me la imagino despellejándose un tobillo, mordiendo sus manos o comiéndose el cabello. Siento mucha presión en el abdomen bajo; me dan ganas de llorar. Aprieto el puño y entierro la cara en la almohada, suspiro con fastidio. Si Juliana no estuviera lloriqueando todo el tiempo... si no se lastimara todo el tiempo... si no fuera tan irracional. Comienzo a rascarme el pulgar y a desprenderme los pellejos hasta que siento la humedad de la sangre; entonces me asusto y me aprieto el dedo con la otra mano. Intento pensar en otra cosa y antes de darme cuenta ya estoy rascándome el dedo otra vez. Cierro los ojos, suspiro resignado. Siento mis piernas mojarse y mi ropa reblandecida. Enseguida me la quito, la escondo debajo de mi cama y me pongo pantalones limpios. Vuelvo a acostarme. Me tapo los oídos.

Despierto muy tarde. Es hoy. Quizá gane una medalla, quizá podamos cenar juntos y platicar sobre la competencia. Recuerdo lo que me dijo tía Marlene y llamo a Ricardo y a otros dos amigos para invitarlos. Quedamos de vernos a las seis de la tarde, la competencia es a las seis y media. Hay sol y estoy de buen humor. Desayuno con mis papás, Juliana no se sienta a la mesa con nosotros. Papá y mamá me dicen que van a salir, no pongo atención cuando me dicen a dónde. Cualquier cosa nos llamas. Regresamos por ti al rato. Paso la

tarde en mi habitación, viendo la tele y jugando videojuegos. La casa está silenciosa. Son las cinco treinta y cinco, alisto mis cosas de natación, busco una sudadera y toco la puerta del cuarto de mi hermana para avisarle que ya nos tenemos que ir, que papá y mamá no tardan. No abre. Toco una vez más y entro. Su habitación está vacía: la cama hecha, todo muy ordenado. Siento una opresión en el pecho y comienzo a buscarla; no está en la cocina, ni en la sala ni en el patio trasero, tampoco la escuché salir.

Finalmente me detengo frente al pasillo. Al fondo veo la puerta del baño cerrada. Camino sin hacer ruido y voy deslizado las puntas de mis dedos por la pared hasta llegar. Un miedo, reflejo de años, comienza a subirme por las piernas y hasta el cuero cabelludo. Son las 5:43. Me acerco y golpeo la puerta con los nudillos.

¿Juliana? Son las 5:48. Una impaciencia familiar se instala en mi estómago. Toco la puerta y nadie contesta, luego giro la manija, está cerrada con llave. Comienzo a rascarme el pulgar y me abro las heridas otra vez. Siento mis latidos en el dedo. Me distrae el sonido de la cerradura de la puerta principal, son mis padres. ¿Ya estás listo?, grita mi papá. Sí, ya voy, respondo desde donde estoy. ¿Y tu hermana?, pregunta mamá en el umbral de la puerta. Se adelantó, dijo que nos encontraba allá, que quería pasar a comprar algo antes. Me aprieto el dedo pulgar, siento la sangre escurrirse entre mis dedos. Mamá me mira fijamente por un instante, luego suspira. Le marco en el camino, vámonos, ¿estás nervioso?, responde sonriendo, luego me revuelve el cabello y me pasa un brazo por los hombros. Nos subimos al auto y observo a mi madre llamar a Juliana una, dos, tres, cuatro veces. Alcanzo a escuchar la contestadora de mi hermana desde la bocina del teléfono de mamá. Son 5:55.

Quizá gane una medalla.

